

EL ARTE DE LO SENSIBLE

Justificación del poemario

El poemario se articula a partir de los cinco sentidos —vista, oído, gusto, olfato y tacto— entendidos como modos de relación con el mundo. Cada poema se aproxima a uno de ellos desde una perspectiva simbólica y emocional, indagando en lo que cada sentido despierta: memoria, conciencia, deseo, pérdida.

El recorrido sensorial no pretende celebrar el placer como exceso ni como hedonismo, sino como experiencia vulnerable. Sentir implica también límite: aquello que se disfruta es, al mismo tiempo, aquello que se pierde, su finitud.

El último poema, a modo de cierre, plasma la intimidad del acto creativo y la incertidumbre del resultado que este conlleva (de ahí su título, Cosecha Incierta), común a todo artista, ya sea pintor, músico o restaurador.

La belleza

Primero fue la mano temblando
frente a la piedra.

Un bisonte trazado
para que la noche no venciera.
La belleza era rito,
no se pensaba: se necesitaba.

La belleza gritó medida,
con el pulso exacto del mármol.
Un cuerpo era un número,
y el número, una promesa.
El mundo cabía entero
en la proporción del templo.

Luego aprendió a temblar.
En los muros medievales
ya no importaba el cuerpo
sino la herida que lo atravesaba.
La belleza miró al cielo
y se volvió plegaria.

El Renacimiento la despertó del rezo:
regresó al ojo humano,
a la carne iluminada,
al gesto detenido
un instante antes de caer.
Ser bella era parecer verdadera.

Después quiso exceso.
Barroca, desbordó el marco,
se retorció en oro y sombra,
confundió lo divino con el espectáculo
y comprendió entonces
que el asombro también seduce.

El siglo veinte la quebró.
La belleza se fracturó en planos,
se multiplicó en ángulos imposibles.
Ya no imitó al mundo:

lo interrogó sin consuelo,
lo miró desde la ruptura.

El cubismo le arrancó el rostro
para ver cómo pensaba.
Las guerras la ensuciaron.
El arte gritó sin forma.
La belleza aprendió a ser fea,
a sangrar, a incomodar.

Descubrió que agradar
no era una obligación moral.
Que el dolor también habla.
Que la armonía miente a veces.
Que mostrar la herida
puede ser un acto de verdad.

Entonces Duchamp puso un objeto cualquiera
en medio de la sala
y preguntó sin solemnidad:
¿y si la belleza no está en la forma
ni en la destreza del ojo,
sino apenas en el gesto?

Desde entonces
ya no vive en el cuadro
sino en la idea que lo rodea.
No se mira solamente:
se piensa,
se discute, se desplaza.

El arte conceptual no la abandonó,
la volvió invisible.
La belleza dejó de ser cosa
para volverse pregunta.
No ocurre en el ojo,
sino en la conciencia que duda.

Hoy no promete placer.
Promete sentido.
Aparece cuando el pensamiento vacila,
cuando la certeza se resquebraja,
cuando mirar ya no basta
y hay que pensar.

Y a veces,
cuando la mente se detiene
frente a algo que no entiende
pero no puede ignorar,
la belleza —aún viva—
vuelve a aparecer.

No diciendo qué es,
ni ofreciendo respuestas.
Solo obligándonos, otra vez,
a detenernos,

a dudar,
a preguntarnos por qué la buscamos.

La música

La música no pide forma
para existir.
No ocupa espacio
y, sin embargo, lo transforma.
Nace de un golpe leve,
de una vibración en el aire.

Antes de ser melodía
fue pulso.
Un temblor mínimo
que atraviesa el silencio.
Una cuerda tensada,
un aliento que comienza.

La voz fue el primer instrumento.
Carne hecha sonido.
Respiración convertida en ritmo.
Un cuerpo llamando a otro cuerpo
antes del lenguaje,
antes del nombre.

La voz tiembla, cae, se eleva.
No necesita materia.
Se quiebra y aun así avanza.
Puede mentir en las palabras
pero nunca en el tono
con que pronuncia la emoción.

El oído no la escucha:
la recibe.
La deja pasar
hasta lo profundo del pecho.
La música no se contempla:
se habita.

No describe el mundo
y aun así lo revela.
No muestra imágenes:
las despierta.
Una nota basta
para abrir la memoria.

Un ritmo ordena el caos.
Un acorde sostiene el día.
Una canción devuelve un rostro
que el tiempo creía perdido.
La música recuerda
lo que la mente olvidó.

Sucede en el tiempo

y por eso duele.
Avanza mientras se va.
Nunca puede repetirse igual.
Cada escucha es distinta.
Cada pérdida, necesaria.

A veces eleva.
A veces rompe.
A veces acompaña el silencio
como una mano invisible.
No exige comprensión:
solo presencia.

Cuando el mundo pesa demasiado,
la música lo afloja.
Devuelve pulso al aire.
Hace respirable la noche.
Y al callar, todavía deja
algo vibrando en nosotros.

Una alegría sin forma.
Un eco persistente.
Un resto de luz sonora.
Algo que no se explica.
Algo que continúa
cuando el sonido termina.

Manjares

El vino llega sin historia.
Oscuro, tibio, lento.
Se abre en la boca
como una herida dulce.
No se bebe:
se abandona.

Tras él llegan los manjares.
Platos exactos,
sabores medidos al límite.
Salsas que concentran horas.
Texturas pensadas como un discurso.
Belleza que se come.
Y el vino vuelve.
Lava el paladar.
Afloja el silencio.
Amplía el instante
dejando en la lengua
una emoción intensa.

Hay cocinas donde el gesto es arte:
el cuchillo, la temperatura,
el punto justo del fuego.
Chefs que escriben con ingredientes,
que firman el plato
como quien firma una obra.

Pero el gusto también recuerda.
Una mesa sin mantel,
el pan partido a mano,
el aceite derramado sin cálculo
y la cocina humilde
encendida desde temprano.

El guiso lento de la abuela,
hirviendo sin apuro,
el vapor nublando los cristales,
la cuchara probando en silencio.
No hay técnica ni nombre,
solo experiencia.

El gusto no reconoce rangos.
No distingue firma ni precio.
Honra la invención extrema
y el plato que siempre espera.
Lo exquisito y lo sencillo
arden en la misma lengua.

Porque en la boca
el mundo se vuelve cercano.
Todo entra.
Todo se mezcla.
Nada permanece puro.
Nada sale intacto.

Comer es aceptar la materia.
Confiar en lo perecedero.
Llevar el mundo al cuerpo.
Y saber —sin decirlo—
que mientras haya vino y pan
la vida insiste.

Memoria del aire

El aire no mira hacia afuera:
siempre regresa.
Una fragancia basta
para abrir una puerta cerrada
donde el tiempo
aún respira.

Huele la infancia.
La hierba cortada.
La ropa al sol.
La rosa abierta.
Un rumor persistente
que no pide palabras.

Hay aromas que consuelan:
pan caliente,
café reciente,
la lluvia convertida en petricor.
El mundo parece entonces
más amable.

Pero también existe el otro olor.
El que advierte.
El que corrompe.
La dulzura rota de lo podrido,
la fruta vencida
por su propio exceso.

El aire no miente,
anuncia la pérdida.
Señala el final.
nos recuerda que todo lo existente
se degrada,
se descompone.

Entre el perfume y la peste
oscila la memoria.
Respirar es aceptar
que lo amado y lo muerto
habitan juntos
en el aire.

Lo que roza

El roce no observa:
se arriesga.
Avanza sin defensa
hacia lo que encuentra
Entre la piel y el mundo
no existe frontera.
La mano aprende antes que el lenguaje.
Reconoce el frío.
La aspereza.
El pulso tibio de otro cuerpo
diciendo sin hablar:
aquí estoy.

Tocar es confiar.
Apoyar el peso.
Aceptar la herida.
Toda caricia
contiene el riesgo
de desaparecer.

La piel recuerda lo que el ojo olvida:
el temblor,
la presión mínima,
la forma exacta del abrazo
cuando el mundo

lanzaba su amenaza.

También toca el dolor.

La quemadura.

La ausencia.

El espacio vacío

donde una mano

ya no responde.

Por eso el tacto es verdad.

No promete belleza.

No ofrece consuelo.

Solo afirma, con certeza breve:

esto dura

mientras arde.

CIERRE

Cosecha Incierta

Hortelano del huerto de la vida,
fui sembrando con nervio dislocado
lo que no fuera parva jubilosa,
ni fueran las rosadas
uvas encandiladas
para exprimir un vino atemperado.

Hortelano del huerto de la muerte,
sembré en vacío flores de soledad.
Abrí los surcos encima de las aguas,
planté la pena con la raíz al aire,
y allí, donde escondida
la lágrima se fragua, no tuve, en mi dolor,
a nadie para compartir sal, acíbar o vinagre.